

FOGATAS

El viento traía cardos rusos que corrían como dueños de las calles y nosotros, los chicos, los esperábamos ansiosos, corriendo tras de ellos para atraparlos y ponerlos en la gran parva, que uno de nosotros cuidaba como tesoro preciado.

Con una gran cantidad los llevábamos a alguna casa que los padres nos daban lugar en un patio, o algún galponcito. Nunca era suficiente.

Así, días tras días atesorábamos los secos cardos rusos. Mientras mas crecía la pila más felices estábamos.

El día se acercaba y había que poner manos a la obra.

Todos los niños de la cuadra, varones y mujeres, nos poníamos a trabajar repartiéndonos las tareas: unos recorrían las casas de los vecinos pidiendo telas, otros llegaban con agujar e hilos, alguno por consejo de las abuelas venían con gruesos hilos y las agujas colchoneras.

Nada podía fallar. Nos adueñábamos de las veredas ante la mirada complaciente de todos los padres, que cada tanto se daban una vueltita para ver cómo íbamos.

Una vez terminado nuestro monigote de tela, el que no tenía forma definida pero ante nuestros ojos era una obra maestra, comenzaba la otra tarea: el rellenado y comenzaban los inconvenientes: habíamos hecho bocas demasiado chicas para poner los enormes cardos rusos secos. Se hacían reformas, se cortaba tela, se agrandaban las entradas hasta en el primer cardo ruso entraba y el aplauso era general. Habíamos triunfado.

Por las dudas, uno nunca sabe, igual recolectábamos más los días que el viento nos regalaba algunos de ellos, porque además había que dejar muchos afuera.

Y llegaba la noche esperada....se cenaba más temprano que de costumbre y a las 9 ya estábamos todos en la esquina que había un

baldío y que comúnmente era nuestra cancha de fútbol, nuestro lugar para jugar a las bolitas, la mancha y todo lo que se nos ocurriera, pero esa noche era el lugar especial, donde rodeado por una gran pila de cardos rusos se encontraba nuestro monigote de tela.

A las 10 no faltaba nadie, todos los vecinos de la cuadra estábamos allí esperando que un adulto se acercara con una antorcha improvisada y encendiera los cardos rusos.

Al ver brillar el fuego aplaudíamos y festejamos.

Nunca supe quien comenzó esa tradición en la cuadra, en el barrio y en la localidad y así como comenzó con el paso del tiempo desapareció. En mí esta atesorada mi infancia y con ella las fogatas en las noche de San Juan y la de San Pedro y San Pablo que hoy solo son un recuerdo que compartí con mis hijos y comparto con mis nietos.